

Graham Greene

“El factor humano”

Ramiro Cristóbal

EL próximo mes de octubre el escritor Graham Greene cumplirá 75 años. Esta vejez, gallardamente asumida al menos desde el punto de vista de la producción literaria, es la clave de su evolución. Como muchos compatriotas suyos —el propio Bertrand Russell, por ejemplo— es su prolongada experiencia vital, el propio y personal testimonio de la historia lo que constituye su alimento intelectual. Los anglosajones tienen una larga experiencia de pragmatismo; las teorías, por bien documentadas que estén, ocupan lugares subordinados. Probablemente una educación política en la democracia tiene mucho que ver: no son los intelectuales quienes dirigen, sino la interpretación colectiva de lo que ocurre a través de la experiencia de cada uno.

EDMUND Burke, el gran teórico inglés del siglo XIX, perdió la ecuanimidad y casi la razón, ante los acontecimientos de la revolución francesa; muchos odios «decorosamente ocultos» se pusieron de manifiesto. Algo parecido ocurrió entre los intelectuales ingleses frente a la revolución soviética, hacia los años veinte. Escritores como Robert Graves y filósofos como Bertrand Russell adquirirían un anticomunismo visceral que sólo el tiempo modificó en parte. De la misma manera, el joven Graham Greene, conservador y católico a fines de los veinte, inició su cruzada personal contra el comunismo.

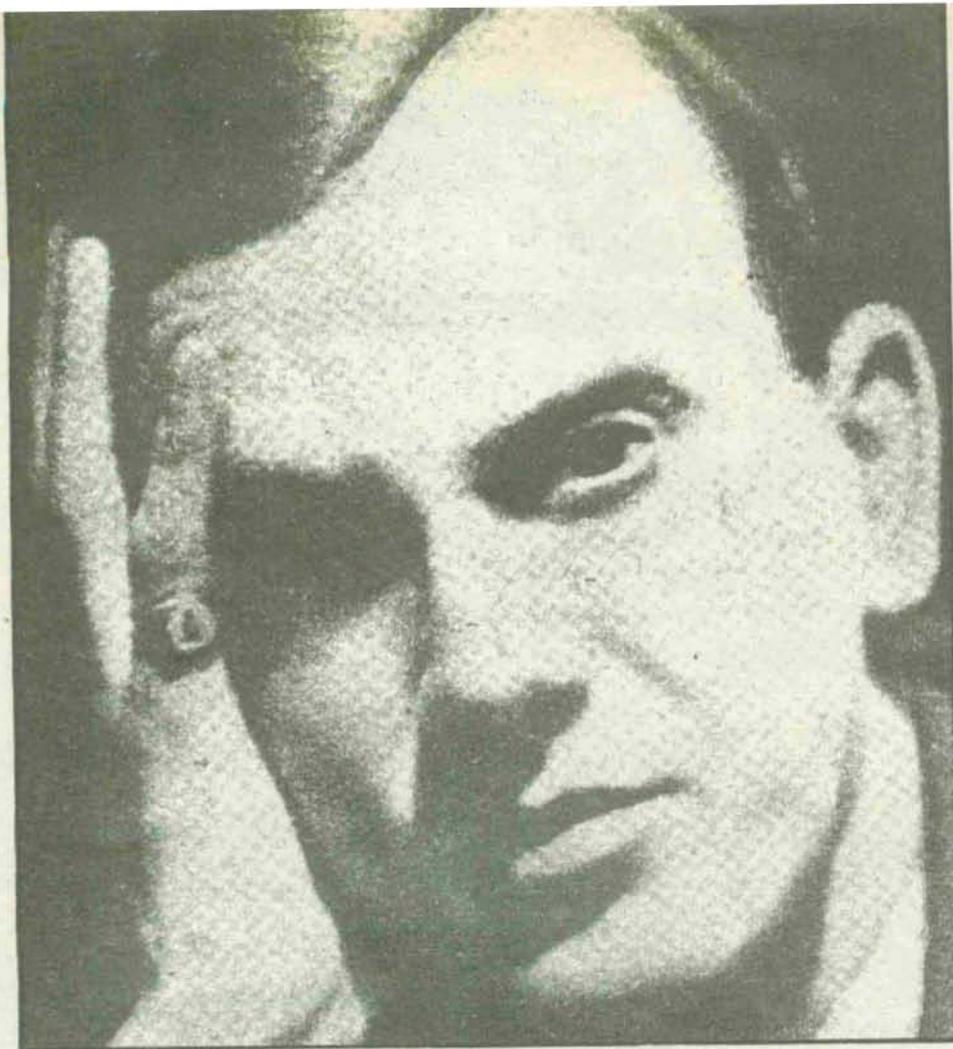
Durante la segunda guerra mundial trabaja para el Foreign Office en servicios especiales, es decir, en el espionaje, y se incorpora, después, con todo entusiasmo, a la guerra fría. Para entonces ya había escrito «El poder y la gloria» (1940), novela en la que otra revolución menor, la de Lázaro Cárdenas en México, es el «diabólico» contrapunto con su personaje, un sacerdote pe-

gador y mártir. Convertido al catolicismo en 1926, Greene tenía aún todo el fanatismo de los creyentes en lugares de mayoría no católica. Cuando contemple el anticlericalismo del pueblo mexicano, puesto de relieve durante la presidencia de Cárdenas, escribirá su novela, tan hermosa como maniquea y tan sincera como pomposa y grandilocuente.

En 1947 el director de cine Carol Reed pide a Greene que le escriba un relato sobre la Viena ocupada de la posguerra, que ha de servir como base a un guión de cine. El resultado sería la obra más famosa del autor, aunque no, probablemente, la mejor. «El tercer hombre», gracias a su versión cinematográfica, con un reparto de lujo encabezado por Orson Welles y Joseph Cotten y contando con la popular intervención del músico Antón Karas, lanzó definitivamente a la fama a Greene, a nivel mundial. Fue el prototipo de obra de guerra fría en la que no faltaba, incluso, un secuestro de una joven a cargo de los rusos y el canto a los buenos oficios de los ingleses y

americanos desde la residencia decadente y dorada del hotel Sacher. Posteriormente, en el prólogo de la obra, Greene diría: «No teníamos ninguna intención de pulsar las emociones políticas del auditorio: sólo queríamos divertirlo, asustarlo un poco, hacerlo reír».

Su labor como periodista, comenzada en 1926 y nunca abandonada, adquiere vital importancia en el período entre 1952 y 1955, cuando es enviado como corresponsal de los diarios «The Sunday Times» y «Le Figaro» a Indochina, donde estuvo tres veces en distintos períodos. Es el momento de la explosión nacionalista contra la colonización francesa. En mayo de 1954 el general Giap toma Dien Bien Phu y acaba con la primera etapa de las guerras independentistas. Para Greene el examen del proceso es fundamental. Su concepto de la guerra fría va cambiando y la dialéctica capitalismo liberal-comunismo ya no la ve tan clara desde un punto de vista ético. Incluso su catolicismo se tambalea en cuanto doc-



trina aliada a los poderes imperialistas. Con los años tendrá que ver cómo la camarilla de los Ngo Din Diem, títeres de los americanos, representan tristemente al catolicismo local.

En 1955 escribe «The Quiet American», que representa el momento de inflexión. Con toda clarividencia, Greene predice lo que va a pasar, es decir, la sustitución de un colonialismo por otro; la ocupación, primero solapada y luego violenta, del hueco dejado por los franceses y que sería el prólogo de la gran guerra de los Estados Unidos en el Sudeste asiático. Su personaje, Alden Pyle, resultó todo un símbolo. Es el momento, sin embargo, en que el apoyo a la difusión literaria de Greene disminuye ostensiblemente. La prensa conservadora y los poderes públicos reaccionarios le vuelven la espalda. En España, por ejemplo, donde se habían convertido en «best sellers» sus obras anteriores, desaparece de los escaparates.

El cambio que representa «El americano impasible» tendrá

una confirmación años más tarde en sus duras declaraciones sobre la guerra de Vietnam. Dice Greene: «No veo disculpa para la presencia de tropas extranjeras en el suelo de ese país. La disculpa de contener el comunismo da por supuesto que el comunismo es, dondequiera, un mal. Cualquiera con experiencia del Vietnam sabe que no es así». Esta clarividencia hacia el papel de los Estados Unidos en el concierto mundial se vuelve a poner de manifiesto en «Our man in Havana», publicada en 1958, pocos meses antes de la toma del poder definitiva de los revolucionarios castristas.

Con los años, no sólo su visión política se inclina hacia la izquierda, sino que su catolicismo se va haciendo más alegre y tolerante. «Viajes con mi tía», de fines de los sesenta, es la novela de un viejo lleno de esperanzas. Greene encuentra su juventud perdida en estos viajes. Es un testimonio meridiano de lo que va a ser la propia vejez del autor: luchadora e indomable.

«El factor humano», su última

novela, llega cuando el nombre de Graham Greene suena insistentemente para el Nobel de Literatura; el hecho de no haberlo obtenido aún puede tener mucho que ver con su proceso político y su creciente radicalización antiamericana. En «El factor humano» vuelve a retomar lo mejor de sus creencias, desde un humanismo cristiano, despojado de símbolos y dogmas, hasta su progresismo democrático.

Es una obra antirracista y antiimperialista, pero es además una de las más bellas historias de amor que se hayan escrito jamás. Anclada, aparentemente, en la tradicional novela de espías, acaba por ser el soliloquio de un hombre aplastado; de un anciano engañado y baqueteado, al cual, a fuerza de quitarle todo, le acaban por despojar de sus propias creencias y de su privado y casi vergonzante amor conyugal. Este Maurice Castle, funcionario de los Servicios de Información, casado con una mujer de color, antigua residente de Sudáfrica, con amigos comunistas y nacionalistas, luchadores contra el apartheid, tendrá que soportar la humillación de ser reclutado para la operación contrarrevolucionaria «Tío Remus» en el Cono Sur de Africa. Participantes: Inglaterra, Estados Unidos y la propia República Sudafricana. Por si fuera poco, tendrá que asistir al envenenamiento y eliminación de un compañero funcionario, sospechoso de «filtrar» información.

Un cúmulo de basura ideológica, la defensa de los intereses económicos y los buenos modales de los funcionarios británicos, son, en definitiva, los protagonistas de «El factor humano», que sólo un viejo joven como Graham Greene podía descubrir. Con los años ha comprendido una verdad tan antigua como el hombre, a saber, que las mayores iniquidades pueden ser ocultas a base de una adecuada presentación. Y sobre eso ha escrito una de las mejores novelas de los últimos años. ■ R. C.